



DIVAGACIONES

Vagancia mental

M. Bataillon, actualmente en el Instituto Francés de Lisboa, es uno de los jóvenes investigadores de cosas de la España que fué, que mejor conocen la historia íntima de la Inquisición española y su manera de proceder. De ello hablábamos cuando nos dió en Salamanca unas interesantísimas conferencias—dichas, no leídas, y en correctísimo castellano, que maneja a la perfección—sobre los erasmianos españoles y sobre los procedimientos de la Inquisición en contra de ellos.

Hablábamos de lo que se ha llamado la leyenda negra de la Inquisición y de la contraleyenda de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el abogado que escribió el alegato de la «Historia de los heterodoxos españoles», que es una de las más sutiles falsificaciones. Y me decía que esa contraleyenda es más leyendaria que la otra. Y es porque no sirve querer poner la patria sobre la verdad. El amor a la patria no puede ser más que el amor a la verdad de la patria y el firme propósito de decirle a ésta la verdad siempre.

Ultimamente, antes de ser traído acá, estuve repasando el proceso inquisitorial de fray Luis de León, y pude percatarme de cuánta razón tiene M. Bataillon. Ese proceso es un patrón de mezquindad, de inepticia, de majadería y, sobre todo, del estallido de la envidia de pobres fraílucos atiborrados de bazofia escolástica—de las heces del escolasticismo, que tenía su crema y flor—, con asiento de sentido común agarbanzado e incapaces de sentido propio. Asumbra aquel cúmulo de tonterías.

Porque lo terrible, lo fatídico de la Inquisición, lo que hizo que embruteciera a España, no fué su violencia. Los autos de fe y los quemaderos tienen cierta grandeza trágica, como la tiene siempre la violencia; como la tuvo la Revolución francesa; como la ha tenido la Revolución rusa. Lo degradante para España, lo que pone de manifiesto el cáncer que la devoró desde el siglo XV, desde que acabó el reinado de los Reyes Católicos y empezó el de la envidia demagógico-imperialista, es lo que se ve en los procedimientos inquisitoriales que no eran de violencia material.

La soplonería, por una parte. Soplonería de pobres mentecatos que no entendían ni lo que oían ni lo que leían; de pobres gánápiros a quienes se les antojaba gravedad herética cualquier vocablo que oían por primera vez y cuyo significado no se les alcanzaba.

Pero más fatídico y más terrible, más degradante para España que la soplonería de los soplones, era el que se les diese oídos y el que se procediera sobre sus informes. Y no porque esto supusiera en los inquisidores malas pasiones, no, sino porque se veía que la mentalidad—mejor de mentalidad—de los definidores del Santo Oficio no era más sana que la de los soplones. Lo que hemos visto de manifiesto en los procesos que nos ha sido dado recorrer es la mentecatez, rayana a las veces en imbecilidad, de los que los promovían. No discurrían ni con palabras siquiera.

Aunque no es exacto decir que los definidores del Santo Oficio no estuviesen movidos de malas pasiones. Lo estaban, y de la peor, de la más devastadora de las malas pasiones, del más pavoroso de los vicios, del vicio de Caín. ¡Pero, no, de Caín, no! Porque Caín, según el Génesis, envidiaba la gracia que su hermano Abel hallaba a los ojos del Señor; pero a Caín se le supone inteligente. Y hay un vicio trascaínesco—permítaseme la expresión—sin la grandeza trágica del vicio del hermano de Abel. Es el odio que a la inteligencia y, sobre todo, a la personalidad, a la originalidad, profesan los tontos enconados, los esclavos de la ramplonería, los siervos del mero sentido común.

La ramplonería de lo que, por llamarle de algún modo, se ha llamado filosofía española desde Carlos I hasta Fernando VII, es algo que pone espanto. Ni aquello es filosofía ni cosa que lo valga. Sólo se salva algún hereje; es decir, alguno que pensaba por su cuenta. Que esto, y no otra cosa, quiere decir hereje: el que posee sentido propio. Y el hereje tenía que ir a parar en heterodoxo, tenía que pensar de otro modo que como se expresaban—no pensaban—los demás; tenía que pensar. Y de aquí el odio de los que no podían pensar.

Hoy los jesuitas—quintaesencia de la ramplonería en España—tienen un vocablo con que expresan todo su odio impotente a la inteligencia. Ese vocablo es: extravagancia. Y lo que no es extravagancia no es sino vagancia. Vagancia mental.

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura, Mayo de 1924.

19

